



La vida después de Sinvergüenzas

¡¡Kicoon! les gritó, en medio de la función, una mujer a través de un megáfono.

Otra se acercó, al momento de los saludos finales, a Rodrigo Muñoz y le dijo que le mostrara un poco más su desnudez porque fue el único al que no alcanzó a ver bien en el desnudo frontal. Sin contar la espectadora que ya ha ido unas cuatro veces y, al momento de ponerse a bailar, "se abrió la blusa y quedó en sostenes".

Son sólo atisbos de lo que suele sucederles a los seis Sinvergüenzas, que incluso cuando llegan a otras ciudades son recibidos como si fueran un grupo de rock: con apertamientos en la entrada, pidiéndoles autógrafos, sacándoles fotos, con empujones y titiéndoles de la ropa. Momentos que recuerdan con gracia.

Y es que, aunque la obra es más que los desnudos finales y toca temas contingentes como la propia crianza, el público se pasa la hora y media esperando los dos minutos finales, y salta cada vez que suena música característica del Full Monty. Las funciones terminan por pasar a la platea. Como dice el propio Jorge Gajardo, "el público empieza a participar con el cuerpo, las gorritas empujan al gordo (Gallardo), las viejotas me empujan a mí. Y si suena la música la gente se levanta del asiento".

A poco comenzar una función más, con un público que comenzaba a llegar, mayoritariamente femenino, salvo tres o cuatro caballeros, los protagonistas de Sinvergüenzas, que dirige Liliana Ross, primero tres de ellos, y luego otros dos, se soltaron, entre risas y bromas, contando cómo el éxito les ha cambiado de una u otra forma la vida. Participaron Fernando Gallardo, Jorge Gajardo, Carlos Embry, Rodrigo Muñoz y Gonzalo Valenzuela. De la conversación se maginó por propia decisión Juan Falcón.

¿Cómo les ha cambiado la vida?

Fernando Gallardo: "En un mundo donde el Chino Ríos deja botada la bandera y el individualismo nos invade, al principio pensamos que éramos héroes: nos hemos desnudado y no nos ha importado nada. Ahora estamos lejos del estremo y de frenillo me he estado preguntando cómo me ha cambiado la vida en el sentido que veo a las mujeres en la platea y me hacen pensar muy profundamente respecto a mi crisis personal. Las veo alegres, contentas, atrevidas, sanas, cristalinas, hermosas y este achuchamiento que escondí en el primer momento, me hizo empezar a revisar qué está pasando conmigo, con ellas, qué está pasando con el hombre chileno".

A propósito de esos cuestionamientos se acuerda de una anécdota en Punta Arenas, en el Teatro Municipal: "El lugar tiene una capacidad de 600 butacas. A la primera función, que se llenó, asistieron diez hombres y el resto mujeres; a la segunda los hombres aumentaron a cuatro. Al día siguiente, en la plaza, me pararon varios hombres y me dijeron que cuándo íbamos a volver. ¿Por qué vamos a volver si ya hicimos las dos funciones, por qué no asistieron los hombres, ¿ahí? ¿no contenté? Y uno me respondió, 'la verdad es que no voy a ver empujados y tampoco autorizo a mi mujer a que vaya, pero como ustedes se oficializaron tanto por la televisión y se hicieron una moda, me vi inmaduro por todas las mujeres del barrio y tuve que autorizar. Cuando llegaron de vuelta

Les gritan con megáfonos: ¡ricos!; los esperan a la salida de las funciones, en la calle los miran, les agradecen por desnudarse y ya están pensando en bailarles en zunga a sus respectivas parejas. Son los Sinvergüenzas, los actores de la obra que aborda a un grupo de cesantes que a falta de trabajo incursionan en el desnudismo. La escena sin ropa dura cinco segundos, las repercusiones son inimaginadas.

se pusieron a conversar entusiasmadas y se reían tanto que empecé a sentir que me había perdido una obra buena obra de teatro".

Con el humor a flor de piel, Gajardo refuerza: "Con esto de la capa de nubes en Punta Arenas la gente sólo se va a poder desnudar bajo techo, así que somos precucurados en eso". En todo caso, agrega, "aquí en Santiago vienen más hombres, pero es un 30 por ciento más".

F.G.: "Se puede hacer un análisis profundo acerca de la respuesta del público, pero no puedo darme la molestia de ser analista. Soy actor".

J.G.: "...que se está preocupando de hacer gimnasia".

F.G.: "Sí, claro".

J.G.: "A partir de la obra comenzaste a preocuparte de tu cuerpo; antes no te importaba".

F.G.: "Era más preocupado".

J.G.: "El teatro es diálogo, pero aquí te obliga a preocuparte del cuerpo... Darme cuenta a esta edad que tengo este cuerpo, que no tengo más, no me queda más, aceptarlo y que la comunidad me lo acepte es la cosa más linda que me ha pasado".

Las cosas han cambiado, y no sólo con respecto al cuerpo. Rodrigo Muñoz afirma que: "Es difícil decir que a uno le ha cambiado la vida, pero lo que veo es que así ha sucedido con este elenco. Gajardo ahora dice que cada vez está más potente... sexualmente, y el guatón pasa todo el día en el gimnasio; ahora es un guatón musculoso, antes era un guatón fofo. Todos estamos más flacos. Gonzalo (Valenzuela) es el único que no tiene problemas".

Carlos Embry, en tanto, se ríe y agrega: "Siempre he dicho que soy el que menos le ha costado sacarse la ropa, porque...".

Jorge Gajardo: "...Tienes buen cuerpo".

C.E.: "¿A dónde?!, éste (Valenzuela) tiene buen cuerpo".

J.G.: "Pero tú también... sólo son distintos tipos de caballos".

C.E.: "Yo soy como de carreta tirando para percherón".

J.G.: ¿Ahora le quieres más?

C.E.: "Sí, sabes que sí. Es que también fui

un cesante. No es tan distante la problemática del Alejo (su personaje), que es el que está bien hasta que le avisa a que es a despedido. Por un lado me siento contento porque tengo trabajo, pero por otro es verdad que me quiero mucho más de lo que me quería antes. No tenía problemas de autoestima, pero el estar cesante te tira para abajo, y estuve así como un año".

J.G.: "Recomendaría a todos los 600 mil cesantes que hicieran práctica de Full Monty para tirar para arriba".

C.E.: "He trabajado mucho en televisión y sé que lo estético es importante, pero hay otros factores fundamentales que son los que he ido aprendiendo en la obra, que es la autoestima, el mirarse al espejo y reconocerse como un ser humano íntegro, con sus virtudes y defectos, que tiene muchas cosas que entregar y que, además, físicamente es de una manera determinada y si te van a querer lo van a hacer tal cual eres".

Para Rodrigo Muñoz, el cambio fue hacia otro lado: "Con la plata que he ganado acá he podido hacer otras obras. Remonté *Chilean Business* (es el Teatro del Puente), hice *Guillermo Tell*, he podido hacer mis propias producciones, que antes no eran posibles por cuestiones económicas. Además, como a partir de esta obra he tenido más acceso a los medios a *Chilean Business* le ha ido mejor".

El otro punto es que se han hecho más reconocibles. Y en la calle ya no son, al menos algunos de ellos, desconocidos. No les gritan, pero a mí me saludan con un "hola sinvergüenza" o me dicen ¡ahí va, ahí va, el sinvergüenza!, cuenta Gallardo. "Sobre todo los basureros, pero con mucho humor", añade Gajardo. "Creo que estamos dejando bien a los hombres. El Venegas (su personaje en la serie de TVN del mismo nombre) me tiene acostumbrado al diálogo, pero siempre era el bromista, ahora soy el sinvergüenza. Me preguntan mucho cómo va el resfriado, ese es el humor chileno, de forma oblicua, no directa".

A Carlos Embry fue otra la frase que le cayó en gracia, "iba pasando por la Avenida Bul-

nes, en el centro, y pasó un grupo de mujeres y una le dijo a otra: 'mira, ese gajo que va allá se empujote en su trabajo'. Me pareció tan divertido, me reí tanto, que me di la vuelta y le dije gracias".

Ser reconocido es algo nuevo también para Muñoz: "El otro día, en la calle, una señora me abrazaba y me decía gracias por hacer el desnudo. Antes subía al metro y pasaba desapercibido, ahora empiezan a decir sinvergüenza, sinvergüenza. Antes me ponía a discutir fuerte en un bar y no pasaba nada. La última vez discutí en un bar y salió al otro día en primera plana de un diario. La vida me cambió harto en ese sentido, pero al que más le ha cambiado es a Gonzalo".

Gonzalo Valenzuela: "Nadie me conocía y ahora un poco".

R.M.: "Las mujeres lo esperan afuera y no lo dejan tranquilo. Ya le dicen Manguera (el nombre de su personaje) y no Gonzalo".

G.V.: "Eso no está bien. La gente que ha venido a ver la obra me reconoce a veces en la calle. Me dicen que le gustó mucho, pero nada personal... Además, todavía estoy en la escuela. Ha sido total, todavía no salgo y a esta obra le fue increíble".

El público es otro fenómeno. Ya es claro que mayoritariamente es femenino, pero también, como dice Gajardo, actúan como en un rito tribal. "Después de las hermosuras que han salido antes y que se sacan todo, gritan ¡ay!; cuando salimos nosotros dos, son gritos histéricos. No es un grito sexual, sino de alegría, de tipo humano. El guatón le hizo bien, se empujó bien, se atrevió, está en buena, pasó a llevar el complejo, rompió todo", asegura Gallardo.

J.G.: "A estas alturas uno piensa que es correcto bailar a la mujer, no sólo pedirle que le baile a uno".

F.G.: "Bailarle con zunga a la mujer es realmente una cuestión extraordinaria. Todos esos cartuchos que están a punto de ser gorrones deberían usar la zunga".

Claudia Ramírez R.

La vida después de Sinvergüenzas : [entrevistas] [artículo]

Claudia Ramírez H.

Libros y documentos

AUTORÍA

Autor secundario:Ramírez Hein, ClaudiaGallardo, Fernando

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La vida después de Sinvergüenzas : [entrevistas] [artículo] Claudia Ramírez H. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile